

## Semblanza del Príncipe de las Letras Argentinas

(O la Personalidad Viviente de Ricardo Rojas)

LA República Argentina ha producido pocos hombres que hayan alcanzado una merecida jerarquía en el orden continental, intelectualmente considerados. Ricardo Rojas es uno de ellos y el primero que aparece como íntegramente dedicado a la labor del humanista.

Hubiera concluido sus estudios de derecho en la Universidad de Buenos Aires y el foro contaría con un brillante doctor en leyes. Pero cortó esa carrera de entusiasmos juveniles y desde su primera época ingresó a la cátedra de humanidades. Por esta ruta se mantuvo en contacto permanente con las generaciones sedientas de perfeccionamiento intelectual. Hasta hoy.

Su vocación lo reveló poeta y él mismo ha declarado que las letras las abrazó como una profesión sacerdotal. Cuarenta años después de su primer libro, *La victoria del hombre*, justicieramente ensalzado, su vida puede, sin ligerezas ni regateos, señalarse cual ejemplo viviente para los que vienen detrás.

Es realmente el creador intelectual del sentido de *argentinidad*. Ha enaltecido, una y mil veces, la fuerza de predestinación autóctona de nuestro futuro. Y resulta sin embargo, a través de los lustros, el hispanista por excelencia.

Si nosotros hubiésemos de dirimir el principado de las letras argentinas, comprenderíamos que el título corresponde a ese espíritu superior que es el viviente narrador de *El país de la selva*, el inspirado esteta de *Ollantay*, el pensador sereno y profundo de *Eurindia*.

La vida le acechó con sus tentaciones del dinero y del poderío, pero él se alejó de los apetitos, como de la sensualidad literaria y de la ambición de poder, para reafirmarse en su vocación de docente y humanista. Así pudo siempre ser fiel a la meditación. Así hizo de la belleza un culto superior. Y así extendió su auditorio a través de las fronteras y de los mares.

Pues bien: este hombre que abandona las aulas y renuncia a poseer el codiciado título universitario, sobresale con el transcurrir del tiempo, por su saber y sus numerosos pergaminos. Le consagran continentalmente doctor "honoris causa" o miembro honorario, la más vieja Universidad americana (San Marcos de Lima), la de Buenos Aires para designarlo Rector de la misma, la de Río de Janeiro como si se hubiese propuesto cohesionar simbólicamente en su persona la fraternidad de las jóvenes naciones, la de La Paz, como las más nuevas de La Plata y de Tucumán que refunden en él a la vieja con la nueva generación.

A los sesenta años de edad, en plena madurez intelectual, encontramos a Ricardo Rojas difundiendo sus ideas y sus hallazgos literarios con la misma pujanza de aquellos primeros años de labor intelectual que estaban alumbrados por el sol naciente de esta centuria. Ni le perturban los halagos, ni le amargan las críticas, dicterios o ataques: asceta de la vida, como quería Scheler del hombre con respecto al resto de los seres, ha sido de una constancia iluminada y feliz en su visión inicial. Por eso pudo decir no hace mucho: "Si tuviera que recomenzar tomaría idéntico camino..."

### *Habla como escribe*

Oyendo a Waldo Frank en una disertación, encontraba exacta su autocrítica: Dice mal, lo que escribe bien...

No hay en esto ninguna subestimación. Pero un pensamiento tan rico como el del autor de *Virgin Spain*, tan poderoso en su orientación, tan admirable en la forma escrita, se encuentra sin duda muy desmerecido por falta de calidades oratorias. Pues el auditorio y las prensas gráficas requieren técnicas distintas.

Angel Ossorio y Gallardo es lo opuesto: aunque escriba con soltura y bien, algunos de sus libros parecen letra muerta si son leídos después de haberle escuchado. En su exposición verbal, la

letra de imprenta adquiere una extraordinaria plenitud vital. Lo más simple y carente de toda retórica revive frente al auditorio en forma notable. Transmite vida, no tinta de imprenta.

Ricardo Rojas, ni lo uno ni lo otro: nada más apropiado que conversar con él. Y escribe como habla. De muy pocos escritores puede decirse esto en el trato cotidiano.

Generalmente el escritor es mal vehículo verbal. Como respondiendo a una ley, lo suyo ha de ser "leído". El libro tiene esa finalidad primordial. Muchos escritores "dicen" su escrito y no pueden cobrar la altura en que como profesionales se hallan situados.

En Ricardo Rojas se comprueba esa feliz armonización: de vivir lo escrito, y de escribir lo verbal...

Por eso, a mi parecer, tanto da citar lo que dice como mencionar las páginas de cualquiera de sus libros.

Así lo hago a continuación.

\* \* \*

Estábamos en Raco, una pequeña y pintoresca población, situada en las serranías de la región septentrional de la Argentina. Abandonamos nuestro diálogo y retomamos el admirable paisaje que enfrente se extendía.

Lomas y sierras, ricas en sinuosidades y amplias curvas, de formas suaves, de intenso colorido, cultivadas quizá en exceso, semejando más un parque gigantesco que extensiones de campo natural... Se erigieron en tema de la conversación.

### *La pampa bailando*

He aquí la "alegre Inglaterra" — dijo Ricardo Rojas, abarcando con amplio ademán la grandeza del ambiente; y no le falta ni su niebla casi permanente —promediaba febrero— ni lluvias frecuentes. Esta variedad intensísima de matices, pues el verde de aquella franja es distinto del de aquella otra, y diferente del opuesto, y del de más allá... y de una cantidad que pareciera no poderse precisar. Y estas sinuosidades múltiples, estas curvas de pendiente suave y como trazadas con un cierto desgaire ¿qué otra cosa son sino la pampa bailando?... Pues si usted cava allí un metro y diez

y quince o veinte... no encontrará sino tierra y más tierra vegetal, como en las llanuras del litoral argentino...

Así, en tres significativas palabras, había diferenciado Ricardo Rojas ese desprendimiento montañoso de las rocosas cadenas andinas que también tiene Tucumán.

### *"El Santo" en inglés*

En esas circunstancias, el correo a caballo le hizo entrega de un mensaje. Se trataba de un telegrama: la firma editorial Doubleday, Doran & Co., por intermedio de un representante en Buenos Aires, gestionaba autorización por cable para traducir al inglés *El santo de la espada*. Esta obra es su mejor éxito de librería: por esos días había sobrepasado los 60,000 ejemplares. La biografía del Gran Capitán argentino se difundirá, pues, ampliamente en todo Estados Unidos y Canadá. Y ello será de beneficiosos resultados. Ningún autor más apropiado que el ex Rector de la Universidad de Buenos Aires para introducirse en el gran público con un tema de resonancia americanista.

Ricardo Rojas, en efecto, es el prototipo de la argentinidad y el fundamentador del hombre americano. El error elemental de los escritores que hacen historia nacional, reside en la forma inconveniente —y también antipática— con que encaran el acaecer histórico de los países vecinos o del resto del continente. El error de muchos "argentinistas" es la hispanofobia. El talento constructivo del historiador que sea algo más que un simple cronicador de hechos pasados, concilia los acontecimientos en el tiempo con la estructuración geográfica actual del continente que es una realidad armónica viva.

En esta obra el gran maestro de la juventud argentina restaura popularmente muchos conceptos olvidados. Exhibe en plástica admirable, la figura continental de ese genio civil que ha sido el héroe argentino. Este héroe de la argentinidad, este ciudadano de la fraternidad americana, no ha sido sobrepasado en grandeza humana por ningún otro militar en la historia de todos los tiempos.

Mas ¿cómo hacerlo entender aún hoy cuando todavía se piensa y se escribe con miopía?...

Era necesaria una calidad intelectual superior. Se requería una autoridad moral sin tacha. Se necesitaba, además, el amor humano que vive la entraña de lo propio y trasciende toda clase de fronteras. Y por eso, entre tantas historias, el libro de Ricardo Rojas alcanzó en breve tiempo un merecimiento popular como el propio autor no lo sospechara.

Cuando comencé a leer esta obra, recuerdo bien la impresión poco favorable que el título me hizo. Me pareció resultado preponderante del poeta que hay en el autor de "El ocio lírico", las "Lises del Blasón" o de la "Oda de las banderas"... Un título poco bizarro para un héroe; poco "histórico" para el forjador de nuestra independencia; poco militar para el vencedor en la Argentina, en Chile, en el Perú... Demasiado metafórico para un escritor cuya trama intelectual está alimentada por vigorosas ideas filosóficas... y muy religioso para un escritor no escolástico...

Pero cuando —después de un describir a través de quinientas páginas, inspiradas en documentos originales y fuentes de reconocida probidad— emergía íntegra y enorme la figura sin igual de ese arquetipo de grandeza civil, pronto a la hazaña militar, presto al renunciamiento personal en homenaje al destino de los pueblos, el título de la obra me conquistó. Y pienso que de igual manera le acontecerá a muchísimos otros lectores.

Más: yo me dije ¿cómo nadie lo difundió antes si éste es el que auténticamente le corresponde? ¿Qué otro calificativo merece San Martín más justificadamente? ¿Cómo era posible que no se le hubiera ocurrido a los historiadores profesionales?...

"En medio del infierno sudamericano, José de San Martín, no obstante su vida ejemplar que ya conocemos, fué llamado espía, traidor, hipócrita, ambicioso, embustero, inepto, cornudo, ignorante, sibarita, sensual, mulato, cobarde, borracho, asesino y ladrón. Porque tales calificativos fueron injustos, yo lo he llamado "el santo de la espada"; pues fué santidad el espíritu con que sirvió a los hombres que así lo injuriaban. El genio merece la gloria no sólo por el esfuerzo con que la conquista, sino por los vejámenes que siempre forman el siniestro cortejo de la gloria." Así epiloga la *Vida de San Martín* el ex Decano de nuestra primera Facultad de Filosofía y Letras y actual Director del Instituto de Literatura Argentina.

*L'estupide siècle XIX<sup>e</sup>*

Estábamos en Villa Nougés, una magnífica villa veraniega de Tucumán, admirable por su frondosa vegetación y el deslumbrante paisaje que se ofrece desde su camino de "cornisa".

La contemplación estética no impedía volver intermitentemente sobre temas de actualidad y comentarios de la vida de las letras. La conversación recayó sobre una frase muy en boga: *el estúpido siglo XIX*.

Esto no tiene sentido para nosotros — exclamó Ricardo Rojas. Y puesto sobre uno de "sus" temas favoritos, como es el de la nacionalidad, dijo:

Recuerdo haber leído cierta crónica de un rotativo metropolitano donde se daba cuenta de un almuerzo al "duque francés" pretendiente al "trono" de Francia. Un grupito de jóvenes "monarquistas" — ¡monárquicos en la Argentina!... — lo había ofrecido festejando la estadia del aspirante a Rey o "legítimo sucesor" a la corona francesa. Este grupo, estimulado allá por Maurras, que revive a través de los *camelots du roi* y cuya mejor expresión constituíanla incidencias que quince o veinte de ellos hacían en los *mitins* de políticos adversarios, lo que obligaba a la intervención de la policía y a que de ellos se hablara — venía así a tener sus representantes naturales entre nosotros... Parece increíble, pero constituye un hecho verídico.

Lo cierto es que los *camelots du roi* criollos, imitando a los secuaces de Maurras, repiten la frase: *l'estupide siècle XIX<sup>e</sup>*. Naturalmente este siglo de la democracia en Francia podía ser discutido y pretenderse suprimirlo... porque los franceses tienen muchos otros siglos de gloria, de progreso, de cultura. ¡Podían darse ese lujo!... Pero hablar de suprimir entre nosotros el siglo XIX es francamente un desatino: pues *el siglo XIX es nuestra nacionalidad*. La argentinidad es eso: el siglo XIX.

*Mamamos la libertad desde la infancia*

Mamamos la libertad desde la infancia — decía Rojas. Desde la cuna nos nutrimos de ella, como los niños del pecho de la madre. Pretender hacer resurgir la dictadura es absurdo. Tan absurdo co-

mo el pensamiento de aquellos que sueñan con el totalitarismo. En los orígenes de nuestra nacionalidad se encuentra la libertad. Libertad y argentinidad son inseparables. (Sin duda la primera es a la segunda como el oxígeno al organismo.)

Este resurgimiento de Rosas, este encumbramiento totalitario es tan inconjugable con nuestra argentinidad, que no tiene más remedio que llevarse por delante, arrasar las fuerzas espirituales que nos alientan desde el año 10.

### *Reviviscencia del Imperio español*

Sabido es que la argentinidad no puede concebirse sin la hispanidad. A la fórmula sarmientesca "civilización y barbarie" como compendio de nuestro medio social del siglo XIX, esto es, "ciudad y campaña", opone Rojas la de "exotismo e indianismo", pues éstas son las dos grandes fuerzas espirituales creadoras de nuestra cultura en su más amplia acepción.

Nada de exotismos pedantes. Nada de indianismo sentimental. En el fondo se trata de una discriminación de la realidad concreta. Es la indagación de los elementos que constituyen el complejo social, en sus dos poderosas fuentes primarias.

Este criterio filosófico no puede inducir a confusiones ni equívocos de interpretación. Por encima de las variantes, de los detalles que el tiempo o los acontecimientos introducen en las cosas, están las dos esferas nutricias de nuestra formación histórica. Esto es, la explicación histórica del hoy, remitiendo la vista al ayer, y condicionándola al futuro como una fuerza moral.

Por lo tanto, el movimiento imperialista español, que pretende convertir a España en el eje del mundo, significa directamente la restauración de la metrópoli y la supresión del siglo XIX. Para los argentinos es filosóficamente absurdo este Consejo de Indias en el siglo XX, porque la argentinidad es una creación real. Conforme a la sistematización de estas ideas puede extenderse el significado a los demás países de América. Los monarquistas, teóricos o fanáticos, adoptan aquí una actitud insostenible doctrinaria e históricamente.

*Los que muerden a Sarmiento*

Una especie de *snobismo* constituyó durante algún tiempo el ataque desmedido a Sarmiento. En los últimos tiempos, grupos "selectos" se han caracterizado por una especie de sarmientofobia. Bastante común se hizo la literatura de esta índole. El maestro argentino fué tildado de traidor, delincuente, vendepatria, plagiarlo, inmoral, etcétera. Pero no se trata así solamente a Sarmiento: también Moreno y Rivadavia y otros próceres consagrados recibieron las cargas de una artillería de todo calibre...

Lo muerden a Sarmiento para carcomerlo y destruirlo, igual que a Moreno y a Rivadavia: porque el plan es destruir la nacionalidad!... — sentenció Ricardo Rojas.

*La iniciación literaria*

Cierto día, en el Colegio Nacional (de Santiago del Estero), el profesor me expulsó de la clase. Para huír de la vista del Rector —que solía recorrer los pasillos— y evitarme que el hecho llegara a conocimiento de mis padres, salté la tapia. Los fondos del Colegio daban a la Biblioteca Sarmiento.

Entonces era incipiente. El cuidador: un hombre que estaba allí dormitando. Cuando yo me allegué, acercóse un "chango", un muchacho pobremente entrazado de trece a catorce años.

—¿Se puede entrar aquí? — pregunté.

—Sí —me replicó—. ¿Qué desea leer?

—Nada; solamente quiero ver.

Me acerqué a un estante. Miraba por dentro y pronto divisé un libro grande.

—¿Se puede verlo? — inquirí al "chango".

—Sí —dijo—: tómelo.

Lo agarré y me puse a hojearlo. Estaba lleno de ilustraciones. En un momento pude desarrollar su contenido a través de los dibujos. Fué como una "lectura de los gráficos": era la *Divina Comedia*.

El libro me impresionó. Sus imágenes quedaron grabadas en mi mente. Yo ya había hecho versos: tenía catorce años y estaba



en tercer año. Pero los había hecho sin estudio de literatura ni de regla alguna.

Cuando llegué a casa, hablé sobre la *Divina Comedia* con Facio, un periodista de vivo talento y de abundante ilustración literaria que mi padre —Gobernador entonces de Santiago del Estero— había traído a la Provincia. El que luego, por casamiento, resultó ser tío mío, al enterarse de mi “descubrimiento”, hablóme, en tono paternal, sobre el gran poeta latino.

Era un buen conocedor del Dante y yo le escuché con gran interés.

Cuando llegué a Buenos Aires para iniciar mi carrera universitaria, en el recorrido diario a la Facultad de Derecho, que entonces residía en el viejo edificio de la calle Moreno, tuve mi “segundo encuentro” con la obra del Dante.

En un negocio, que era a la vez cigarrería, juguetería y librería, solía ver la *Divina Comedia* expuesta en la vidriera. Se distinguía bien este ejemplar de otros que podía haber en los estantes de otras casas de la calle Florida, porque éste tenía fijado el precio de “un peso”, bien visible. En las demás casas de negocio del ramo, sólo podía adquirirse un ejemplar por tres o cuatro pesos, suma que convertía en irrealizable la compra. Para mí “un peso”, por aquellos días, era una cantidad respetable. Pero la obra me tenía obsesionado literalmente y un buen día pude entrar en la cigarrería, juguetería y librería y convertirme en poseedor del codiciado ejemplar.

La *Divina Comedia* del Dante —contaba don Ricardo— señala mi iniciación en la vida literaria. Aunque antes había hecho versos, a pesar de desconocer la preceptiva y los conceptos más generales de la poética, es el gran poeta italiano quien, con esa obra, acentuó definitivamente mi vocación por las bellas letras.

### *El desfile de las imágenes*

Recuerdo ahora yo el comienzo de mis estudios de derecho en la metrópoli. Alcancé los últimos tiempos de la Facultad en el viejo edificio de Moreno. Entre mis compañeros tenía un sanjuanino que solía concurrir, pero no en forma muy asidua. Nos hicimos amigos y nos intercambiábamos anotaciones de clase.

Un día, mientras conversábamos en un descanso de lectura, me dijo:

—He concurrido ayer a la clase inaugural de Ricardo Rojas en la Facultad de Filosofía y Letras... ¡Qué sorprendente espectáculo literario! Por la noche, ya en la cama, veía desfilar las imágenes como en un fastuoso cortejo!...

Y con viveza de expresión me recalcabá detalles que se habían grabado en su mente de provinciano desprevenido que no sospechaba encontrarse frente a un panorama de esta índole.

### *Falacia de lo fragmentario*

El tema de lo iberoamericano es permanente en sus conversaciones y en sus escritos. Oigámosle:

Cuando aún la guerra civil estaba indecisa, las discusiones y pálpitos eran la comidilla del día. Si cae o si resiste el Alcázar; que ganan los republicanos... que gana Franco... Pero no era esto el asunto. Lo español estaba tomado aquí "a lo futbolístico". Y todos los días la misma encuesta, y a cada instante análogo interrogatorio: "¡Va a ganar Franco, porque lo ayudan!... ¡No, que ganarán los republicanos porque están fuertes!..." Y siempre "el fútbol" delante. Por eso, para acabar con estas preguntas, dije un día: Quién ganará, no lo sabemos. Pero quién ha de perder en esta contienda, sí: España. Y escribí el *Retablo*...

Sus pensamientos e ideas, es necesario encararlos como un todo, tal cual lo advierte en uno de sus libros (*Eurindia*). De lo contrario, los fragmentos pueden llevar a conclusiones falaces. Sería posible reunir cantidades de juicios adversos a lo español, y por ello no puede concluirse en anti-iberismo de Rojas; y otros tantos de frases americanistas, indianistas, pero tampoco resultaría legítima esta opinión unilateral. Ni exotismo ni indianismo, en su verdad inconfundible a través de las múltiples expresiones de su riqueza literaria.

### *La Reforma comenzó en 1906*

La Reforma no comenzó en 1918, sino en 1906 — decía mientras regresábamos en automóvil de una excursión campestre. En

aquella época las Facultades estaban gobernadas por "Academias" constituídas por viejos figurones y viejas figuras respetables como Obarrio, Montes de Oca y otros que no por eso dejaban de representar la fosilización del ambiente universitario.

Los académicos eran designados por el Poder Ejecutivo *ad vitan*. Y entre ellos se distribuían las cátedras, pues no existían los consejos consultivos que hoy posee cada una de las Facultades. Así, el parentesco, la influencia, eran decisivos para la obtención de los cargos docentes.

Yo hacía por aquel entonces mis primeros años de derecho. En el ambiente estudiantil se notaba una marcada separación: porteños a un lado, provincianos al otro. Entre estos últimos destacábase por su ausencia los tucumanos: Ernesto E. Padilla, Juan B. Terán y otros que eran muy conocidos formaron siempre rancho aparte con los porteños. Este concepto de superioridad de los tucumanos sobre el resto de los provincianos, que hacía, seguramente del prejuicio porteño, contribuyó a acentuar la idea de orgullosos, "estirados", de poco cordiales que ha habido siempre sobre los habitantes de esta provincia.

Con Lugones, Bécher, Payró y algunos otros más habíamos tentado la formación del escritor profesional, esto es, independiente de otros recursos que los de su propia pluma. Nuestras gestiones se encaminaron a *La Nación*, que resultó ser la primera entidad acogedora en este sentido. Constituimos una "sociedad de escritores", cuyas finalidades prácticas se encaminaron en ese sentido. Después, *Caras y Caretas* fué la primera entidad periodística en la Argentina que tuvo una tarifa fija para sus colaboradores: \$15.00 por página, para los que recién se iniciaban, escalonándose hasta \$50.00 la página cuando se trataba de una buena firma a la cual solía recibirle originales que ocupaban incluso dos páginas por número.

Nosotros conseguimos que *La Nación* aceptara una parte de nuestras pretensiones. El diario resolvió publicar en adelante trabajos de diez firmas, entre las cuales estaban las personas ya nombradas. En lugar de firma, sugirió seudónimo que sería lanzado a la circulación y prestigiado a través de sus columnas. Parecía seguramente, entonces, algo desusado la firma directa. Cada uno adoptó su seudónimo y yo el mío, que fué *Wilson*. Yo argumenté que entre el seudónimo y el nombre propio, iba a acontecer que a

las pocas colaboraciones todo Buenos Aires iba a saber quién era realmente el escritor. Pero comenzamos al principio con los seudónimos. Nuestros ensayos se alternaban por turno. A las pocas semanas, como era de prever, de los diez no quedamos cumpliendo más que cuatro o cinco: los otros, al ser requeridos, no respondieron.

Me llegó el turno de un ensayo y entonces yo entregué a la redacción un artículo titulado "La oligarquía universitaria". Allí atacaba directamente la cristalización del ambiente que había visto en la Facultad, con verdadera repugnancia. Murature, que era jefe de redacción, sólo se percibió del alcance que el ensayo tenía, después de publicado. Confiado, como acontece comúnmente en los periódicos, había descuidado su lectura minuciosa, esperanza que, por otra parte, yo también abrigaba.

—¡Pero amigo Rojas!... —me dijo una vez que me hice presente en su despacho requerido a hablar sobre el asunto—. Ha causado usted un gran revuelo. Por favor: no aborde temas de esta naturaleza. ¡Hay un sin fin de quejas y disgustos!

Y así es: bien me imaginaba la conmoción que mi denuncia pública contra la oligarquía universitaria iba a causar. ¡Y nada menos que tomando por vehículo a *La Nación*!...

Con esa prevención, me encontraba en la imposibilidad de volver a tocar el asunto. Por lo cual, le hablé a Bécher y le sugerí que recogiese en algún artículo suyo la cuestión. Así lo hizo, pero esta vez sin éxito, porque en adelante Murature leía desde el título a la firma. De tal manera que, cuando quisimos hacerle pasar el gato, llamó a Bécher y le dijo:

—Hágame el favor, escriba sobre cualquier otra cosa!...

—Y bien —respondió el aludido—: escribiré sobre el terremoto de California. (Y en efecto, produjo un excelente trabajo titulado "La ciudad del oro".)

En realidad, Bécher soslayaba la cuestión con esa fineza de estilo que fuera característica inconfundible en su prosa. Pero lo importante, el artículo-bomba, el mío, había circulado. Produjo sus consecuencias, pues hubo alborotos estudiantiles y también tiros en las Facultades, tanto en Derecho como en Medicina. El Poder Ejecutivo se vió obligado a intervenir y fueron creados los Consejos Consultivos de cada Facultad, aunque las Academias persistieron,

pues como sus miembros habían sido nombrados *in perpetuum* no podían ser desalojados de sus sitios.

Con todo, el cambio marcaba un comienzo, el deslinde de una nueva etapa. De allí, yo considero que la reforma universitaria comenzó en el año 6...

### *Político a medias*

Le había llevado al despacho del Intendente Municipal de Tucumán, doctor José Lozano Muñoz, con quien departió sobre la política del país más que respecto de temas intelectuales.

El Intendente se manifestó vivaz, entusiasta. Hombre inteligente dedicado a las faenas intelectuales, profesor en la Facultad de Derecho, pero frecuentemente arrastrado por el torbellino de la política que introdujo en su vida las incidencias más inesperadas, le reprochaba su retiro del radicalismo.

Rojas explicó cómo sus ideas habían quedado huérfanas en el medio ambiente del partido. Sobre todo —dijo— lo que más me dolió fué la actitud de los tucumanos y santiagueños...

Lozano Muñoz se había referido al discurso de Ricardo Rojas en Paraná, durante la convención. (Después, a la salida, se produjo un conato de revolución y todos los delegados fueron embarcados y desterrados a Martín García. Más tarde a Tierra del Fuego. En esta extradición Rojas escribió su libro *Cervantes* y de allí proviene su última obra: *Archipiélago*.)

—Precisamente lo que me dolió en lo más íntimo de mi corazón fué que siendo yo portavoz de la intransigencia —pues sin ella desvirtuaba el partido su misión en la vida nacional—, me encontrara con que los tucumanos votaran por la vuelta a los comicios, y ejecutaran la idea, como lo hicieron bajo el rótulo de “concurrentistas”. Luego, para que no hubiera duda, los santiagueños hicieron otro tanto...

—Pero usted debe estar en el partido. Usted no puede quedarse afuera. Alvear decía: “¿Que Rojas piensa de distinta manera? ¿Cree que debemos hacer lo opuesto? Pues, precisamente por eso, él debe estar aquí, con nosotros. Eso le dará más vida al partido...” Y como estos, muchos argumentos más, análogos, descargaba el Intendente en el afán de reducir las razones del ilustre huésped.

—Usted se aleja, equivocadamente... Usted que le dió un contenido ideológico al partido, que le otorgó brillo y prestigio con sólo incorporarse, debía permanecer junto a nosotros. Es necesario que actúe. Que su voz se oiga ahora, en estos momentos de desolación cívica y electoral... Vea el espectáculo de Tucumán, con multitud de micropartidos, y con dirigentes que un día se pasan de estas filas a aquellas, y al siguiente de las otras a las de más allá, para luego retornar a las primitivas, sin que sanción alguna sea aplicada como correctivo...

Y después, decía el Intendente: "la gran figura de candidato a la Presidencia no podía ser otra que la suya: porque..." (Y enumeró razones que representaban como unilaterales o incompletos a éste, aquél y el de más allá...)

Mas Ricardo Rojas se justificó sencillamente recordando su llamado cívico que, cuando fué pronunciado, cayó en el más absoluto vacío. "Cuando publico algún libro, me llegan mensajes de cualquier parte del país: cuando lancé ese mensaje, nadie respondió a mi llamado: ni los correligionarios, ni la juventud, ni amigos, ni dirigentes, ni afiliados... Luego, era evidente que yo no tenía nada que hacer ni por qué persistir..."

El tiempo pasaba y debimos ausentarnos, quedando pendiente para otra oportunidad el desarrollo del tema.

Ya en el automóvil, yo le dije a Don Ricardo: "Fuí como un espectador imparcial. Estoy con usted, y no puede ser de otra manera porque carezco de instinto para la vida política. Y para mí, Lozano Muñoz es político, pero intelectual a medias. Usted es intelectual, pero político a medias..."

(La señora que venía en el automóvil, cuando esto conversábamos, terció corrigiendo: "No: 'era' político, no 'es'.")

### *Reglas para escribir*

"La primera norma que sigo es: comer poco y dormir mucho. La vitalidad se multiplica así en tal forma, que permite largas jornadas."

Me decía en Raco: "Durante todo enero he escrito diez, ocho o doce horas por día. Se cansa el 'dedo', pero no la mente..."

En una oportunidad anterior, observaba: "No concibo cómo un escritor puede expresar 'a máquina' su pensamiento. Yo escribo

a mano y no me sentiría en vena haciéndolo mecánicamente. Ahí estaba leyendo en *La Nación* un artículo de Francisco Romero, bien interesante por cierto, cuando de pronto él recuerda la máquina con la cual está trabajando. ¿Para qué lo habrá hecho?... me pregunto. Pero ¿cómo ha intercalado tal cosa y desbaratado el hilo de las ideas haciéndole percibir al lector de que no era tal como lo suponía?...

"El dedo pareciera ser la prolongación instrumental del mecanismo cerebral, unido a la pluma, y transmitiendo de esta adecuada o natural manera, las concepciones del espíritu..."

"Escribo a lápiz, para economizar tiempo. Sopar la pluma parece insignificante y sin embargo implica pérdida de tiempo e incomodidad. Así he escrito uno tras otro varios bloques de papel en pocos días..."

### *Definición*

"¿Qué es nuestra literatura?" — podríamos preguntarle al maestro tucumano.

"El más completo documento de nuestra vida nacional" — dice él. (*Eurindia*.)

### *Eurindia*

"Es una síntesis espiritual. Nada de minucias bibliográficas, cronologías, etc." (También lo dice allí.)

### *La falsa erudición*

Hay quienes creen que el saber sólo se demuestra llenando de citas el pie de cada página. En algunos se torna fiebre tan intensa, que las notas sobrepasan al texto. De tal manera que resulta difícil discernir cuándo realmente es una honesta necesidad de indicar las fuentes. Esta hipertrofia de las citas en los falsos eruditos continúa todavía.

Destruyémoslos con sus propias armas. En el prólogo de *Cervantes*, Ricardo Rojas dice: "Como en otros libros míos, he prescindido de notas marginales, porque creo que el andamiaje usado

para construir ciertos edificios, debe desaparecer cuando el edificio esté concluido."

Imaginémonos por un momento que algún constructor, o cierto arquitecto, dejase abandonados en la vereda, adheridos al frente o ubicados en el interior del edificio, utensilios, instrumentos, o medios utilizados como recursos técnicos para realizar su obra... Nadie lo admitiría. En cambio, algunos literatos no suelen compartir este criterio... (Que se imaginen esta escena de albañilería, y quizá en ello encuentren el antídoto.)

### *Datos biográficos*

La biografía intelectual de Rojas está escrita por él mismo en sus obras; v.gr.: el *Retablo español*, como anecdotario y diario de un viaje a través del occidente europeo, narra detalles que ponen en evidencia su temperamento, personalidad, ideales y, en sus frecuentes recuerdos, aun el cariño de la tierra de su niñez (que no es la de su origen...).

Así, por ejemplo, dice: "Ustedes los santiagueños son andaluces". (pp. 98-99.)

"Voy por un barrio de azoteas bajas, y yo digo que es la calle Independencia en Santiago del Estero... Oigo unas coplas en la juerga nocturna, y yo digo que son las del Tío Siba, cantor santiagueño..." (pp. 116-117.)

También cuando justifica sus libros o replica con respecto a la extensión de la *Historia de la literatura argentina (Eurindia)*: los prefacios de sus obras (*El Cristo invisible, Poesías, Discursos*), etc.

### *Discusión de origen*

Si a través de su obra escrita se observa eso, en cambio los tucumanos consideran que carece de significado. Ricardo Rojas nació en la ciudad de Tucumán.

Yo mismo le acompañé a la iglesia Catedral y verificamos la existencia de su partida de bautismo en los libros parroquiales. La hicimos fotografiar para despejar cualquier duda. El tiene una copia, yo otra. (Pues decían que sólo estuvo un día, como recién nacido, en Tucumán.)



Pero en sus libros, se denuncia espontáneamente "santiagueño". Las menciones precedentes lo demuestran. Esto está de acuerdo con su tesis acerca del escritor. ¿Qué importancia tiene ser originario de España o de Italia, si un escritor entrega su vida y dedica su obra a un país como el nuestro, digamos, que es tan pródigo en este sentido?...

E inversamente: "Ventura de la Vega no es argentino sino español" — dice (*Retablo*, p. 260.) "Se trata de un escritor nacido en Buenos Aires; pero es un argentino que no volvió a su patria y que le entregó a España su vida".

En Ricardo Rojas hay el "calor", el "optimismo", el "cariño" por las cosas santiagueñas. Ya se verá:

Aquí en su tierra de nacimiento, se le dice "Tucumano ilustre", o bien "Ilustre tucumano". Con este criterio, la Universidad le honró recientemente designándolo miembro honorario. Hay una publicación expresa sobre este hecho.

Los santiagueños no se quedaron atrás y le tributaron "el más alto y significativo homenaje de reconocimiento por su intensa labor cultural dentro y fuera del país". Los organizadores del acto dicen que constituyó "una apoteosis". Y el orador principal, tomó la ofensiva de esta manera: "Tucumano por accidente del nacimiento, no podéis negar que sois santiagueño por la sensibilidad expresiva del espíritu; esto es todo y aquello es nada en el juego armónico de la estructura humana: por eso no podéis dejar de ser santiagueño nunca, porque ese sentimiento lo lleváis en el pensamiento y en la sangre. (Aplausos.)"

Y la polémica subsiste. Resultando de aquí para el "Tucumano ilustre" según nosotros, y "Tucumano por accidente" según el guantazo santiagueño, la necesidad de satisfacer a dos situaciones extremas.

Los "papeles" están en favor de Tucumán. Pero "otras razones" pesan en sentido contrario. Veamos:

Los únicos que lo tutean son los santiagueños, compañeros de niñez. Podría destruirse este argumento, hablándosele en quichua — idioma que tiene un solo trato, donde no hay *tú* diferenciador del usted —, pero es el caso que los santiagueños sí lo hablan... y precisamente, los tucumanos no!

\* \* \*

Sin embargo, el problema está resuelto —le dije en cierta circunstancia que algunos escritores volvieron a traer el tema a colación—. Está resuelto —le expresé— porque si usted ha nacido en Tucumán, si aquí tenemos “los papeles” y, además, se ha dejado arrancar el corazón por una tucumana...<sup>1</sup> ya no se trata sólo “del lugar de nacimiento”, sino de la preferencia máxima que es posible tener sobre la tierra...

Pero él se defendió así: la Provincia de Santiago del Estero, como la que hoy es Tucumán, integraban en la época colonial una sola jurisdicción, la del antiguo Tucumán. En ese sentido, y por su arraigo autóctono —autóctono en las letras, en el arte y en la sangre—, no puede emerger sino del viejo Tucumán, de aquel Tucumán que nada sabía de divisiones ni de límites geográficos internos...

\* \* \*

Con todo, admira cómo continuamente, y a medida que se suceden las generaciones, se vuelve sobre el tema una y otra vez. Pareciera que estas explicaciones caen como en una especie de tonel de las Danaides y el tema sigue desfloriándose año tras año.

Tucumano ilustre... Tucumano por accidente!...

### *La obra de Rojas*

Hace ya casi tres lustros, en 1928, se festejó el 25º aniversario del primer libro de poesías de Ricardo Rojas: *La victoria del hombre*. Se festejó también la magnífica labor posterior. Hacía siete años que había obtenido el premio máximo en las letras argentinas, distinción realmente consagratoria por su importancia material y moral. Su *Historia de la literatura argentina* lo había logrado en 1921. Lo situaba igualmente en la cima de las aspiraciones intelectuales. Por vez primera aparecía en nuestro escenario un historiador de la literatura con suficiencia de información, agudeza crítica y sobre todo vuelo de pensamiento para no hacer de ella mera crónica, o simple cronología más o menos vivaz, como suelen ser la

mayoría de estas producciones. Un historiador con facultad crítica y talento auténtico. Con garra de creador.

Del vigor de esa historia, hablan los veinte años transcurridos sin que ni remotamente haya aparecido intento alguno de sustitución o de emulación equiparable. Tal la vitalidad de su trama y la riqueza de sus ramificaciones.

Con motivo de aquellas bodas de plata, de sus veinticinco años de labor literaria, una Comisión Ejecutiva, integrada por intelectuales y presidida por el magnífico poeta y escritor cordobés don Arturo Capdevila, resolvió publicar *La obra de Rojas*.

Es este un volumen —muy escaso hoy— insustituible para la valoración integral del pensamiento del maestro. En cerca de 600 páginas se encuentran reproducidos los juicios sobre sus poesías, sus leyendas, su filosofía de la nacionalidad, su historia de la literatura argentina, su predicación idealista y los múltiples aspectos de su prodigiosa labor. Críticos argentinos, españoles y americanos, de las nuevas y viejas generaciones, dijeron su opinión, valoraron su gravitación en el pensamiento inter-oceánico, escribieron su semblanza desde varios puntos de vista y encontrados ángulos. Allí están, si no todos, la mayor parte, los de mayor importancia, como los de Unamuno, Ramiro de Maeztu, Estanislao S. Zeballos, Rubén Darío, Adolfo Posadas, E. Ortega y Gasset, J. M. Salaverría, Juan Zorrilla de San Martín, J. M. Vargas Vila, R. Cansinos Assens, Ricardo Sáenz Hayes, Juan José de Soiza Reilly, Carlos Vega, Mariano de Vedia, Raymond Ronze, Leopoldo Lugones, Carlos Guido Spano, Emilio Bécher, Juan Más y Pi, Alberto Tena, Roberto F. Giusti, Carlos Soussens, Atilio Chiappori, Alvaro Melián Lafinur, Juan Torrendell, Víctor Juan Guillot, Manuel Gálvez, Enrique Molina, Angel Guido y cien más.

Mas esto que parecía consagratorio y culminante en 1928 y que pudo titularse *La obra de Rojas*, habrá que revisarlo hoy como la primera etapa de su itinerario.

En efecto, han venido posteriormente producciones notables, como *Ollantay* (primer premio nacional de teatro) y su anexo *Un titán de los Andes*, *El santo de la espada*, *Cervantes*, *El Silabario de la decoración americana*, el *Retablo español* y, entre otros escritos ya publicados o en preparación como el *Sarmiento*, su último libro *Archipiélago*, recuerdo del ostracismo, rememoranza de poeta, reivindicación de patriota.

Esta *segunda etapa* de *La obra de Rojas*, por lo que ya puede colegirse, es la prueba de su admirable fecundidad, de su perenne juventud intelectual. No ha sido en este ciclo más cómoda ni con mejores ocios su vida. Y sin embargo, los frutos ubérrimos surgieron a gusto de la pluma inoxidable.

El editor que lustros atrás recogió su producción, en un momento que pareció culminante, rotuló *Obras* a los veinte volúmenes de Ricardo Rojas. Con sensata previsión, dejó el "Completas" en el tintero y parece ser que de ahí, de esa tinta, y de ese recipiente, como de un surtidor eterno, continúan brotando las páginas demostrativas de que su personalidad es un presente, grávido de futuro, que va dejando detrás fragmentos de historia y va creando porvenir en cada nuevo instante.

### *La obra nueva*

Dijimos que *La obra de Rojas* es el compendio crítico y consagradorio de su primera etapa.

Ricardo Rojas es, sobre todo, un humanista y un autodidacta. La Universidad de Buenos Aires le otorga el título de doctor *honoris causa* para franquearle el acceso al Rectorado. Tiene ya el requisito legal.

Pero por dentro alimenta el fuego de su propio espíritu en una hoguera inextinguible. "Las pasadas generaciones cumplieron con el suyo; las de hoy, no lo hemos cumplido" — dice hablando de los deberes de nuestro tiempo en la primavera de 1941, cuando la Universidad Nacional de Tucumán lo convierte en su miembro honorario, a título de reconocimiento.

Es que él se concibe siempre como un *autodidacta militante y voluntarioso*, que ha recorrido los más *escabrosos caminos*, con un itinerario que va desde *París... hasta Ushuaia*.

\* \* \*

De allí su permanente alumbramiento literario. *El santo de la espada* provoca polémica. Pero es valorado debidamente. Un crítico de Lima lo calificó como "la biografía mejor lograda del heroico soldado". Elogia en Santiago de Chile, otro, el "vigoroso retrato del austero Protector... que surge del libro de Rojas como

el personaje simbólico del americanismo y de la pacífica colaboración entre los pueblos del Continente”.

Detengámonos un poco en este libro y otros que constituyen los que llamaríamos “la obra nueva”, aunque toda la suya sea una y múltiple.

Recordemos aquí algunas apreciaciones.

El profesor Fermín Estrella Gutiérrez, de Buenos Aires, emitió este juicio: “Asistimos, así, a una revaloración del héroe y a una empresa de exégesis, de firme y perdurable interés. La vida de San Martín tiene en estas páginas un significado moral y aleccionador evidente... Se ha bajado de las alturas, a menudo inaccesibles, de nuestro parainfo histórico, a este hombre de excepción, y se lo ha traído a nuestra amistad, a nuestra comprensión humana —de ahora—, dejando que sus mismos actos lo definan y enciendan nuestra admiración.”

Del doctor Ismael Moya: “Quien diga que de San Martín se había dicho todo, falta a la verdad. De San Martín se habían mencionado sus virtudes y aquilatado los beneficios que ellas proyectaron sobre la patria que él fundó, y en la que fué negado por envidia, por odio, por desconfianza, por interés... Pero nadie auscultó sus dolores, su tragedia, el hondo daño que lo recluyó en la soledad mendocina primero y en Europa después... A mi juicio, no se ha escrito una vida de San Martín que pueda igualar en valores psicológicos a esta de Ricardo Rojas...”

En realidad, tal obra constituye uno de los mejores libros de Ricardo Rojas. El lector advierte que sobresale, con relación a cuanto se ha escrito alrededor del tema hasta ahora, gracias al poder dramático de reconstrucción histórica visible en la transparencia del argumento.

Con su rica fantasía, evoca impresionantemente.

Su imaginación creadora mueve páginas y capítulos, incidencias y acontecimientos, con admirable soltura.

Una vigorosa inspiración hace desfilar la figura viva del hombre en toda su dramaticidad y la efigie esfumada del héroe sin igual.

Puntualiza lo pequeño, para que quien lee comprenda la magnitud de la grandeza.

Dice el dicterio, a fin de que se capte con inigualable elocuencia la virtud del predestinado.

Así logra evadir el viejo cuño de los eruditos, y simplemente eruditos, para preformar una biografía que no es acumulación de datos y documentos, sino la vida misma del héroe, con todos sus hechos contingentes, con sus aciertos y sus errores, con la grandeza de lo grande y la miseria de lo pequeño que cerca y estrecha a los que merecen, estando entre sus contemporáneos, la estatua perdurable.

\* \* \*

“Constituye la contribución americana más completa a la biografía del autor de *El Quijote*” — dijo un rotativo porteño con motivo de la aparición del *Cervantes* de Rojas.

Este juicio es definitorio. El autor se propuso un estudio integral. Muy difundido es el concepto de que la única obra digna de Cervantes es la llamada *fundamental*, la aventura celeberrima del ilustre manchego. Porque ella interpreta con riqueza de ingenio toda una época, porque ha creado un carácter universal, porque se ha impuesto sin apoyos artificiosos como la primera obra de habla castellana, etcétera.

En revisión de esa opinión el genio de Cervantes es enfocado en este libro presentando al lector la “cumbre”, pero también toda “una montaña hecha de piedras menudas y de arena, con rincones áridos o apacibles en su falda”. Las obras menores, hasta la más modesta, contienen rasgos dignos de ser estudiados complementariamente. El autor, en consecuencia, analiza la literatura cervantina en tres partes: versa la primera sobre el poeta lírico que es Cervantes, la segunda lo encara como poeta dramático, la tercera en su aspecto épico.

Persigue una captación más completa que favorece la parcelación de su conocimiento en un sentido más profundo.

El mismo ha explicado el origen de la obra, exponiendo el afán de renovar la crónica y obtener cierta ventaja didáctica, por medio de “nuevas perspectivas, ordenamientos y valoraciones”.

De allí que estos factores, unidos a la abundantísima información que su desarrollo entrafía, hicieran que pronto el libro fuera calificado como “el mejor monumento elevado a Cervantes en tierras de América”.

*La Nación*, de Buenos Aires, lo calificó como una "obra que honra a la literatura crítica hispanoamericana".

Otro comentarista elogió esa iniciativa de presentar la imagen de Cervantes "en la unidad íntima de la vida y de la obra, descomponiéndola en sus múltiples facetas, para reconstruirla naturalmente, armoniosamente, en la unidad de su formación espiritual..." Y añade: "Rojas opone el meditado examen de todas las obras, comenzando por las llamadas menores, por las menos estudiadas hasta hoy, para afirmar que todas participan del espíritu creador que ha encontrado su expresión capital en el *Quijote*..." Y termina afirmando que el *Cervantes* de Rojas "ha de marcar época en los anales cervantinos".

Si la vida del genial manco fué aventura, no menos aventura implica la realización de las cuatrocientas y tantas páginas de este volumen. Confinado en la población más austral de la República y de la tierra, en Ushuaia, "sin justificación ni proceso", aprovechó sus ocios resumiendo aquí la experiencia y el saber de largos y meditados cursos dedicados en las cátedras universitarias de La Plata y Buenos Aires. De estas conferencias intensivas de años atrás, la soledad creadora del extrañamiento proveyó a las letras hispano-argentinas este libro que deberán consultar en adelante los estudiosos de la materia.

Es ese mismo solitario confinamiento el que inspira al poeta y al maestro y lo lleva a escribir su ya famoso *Archipiélago*, sin que el resquemor asome en sus páginas ni el deseo de venganza perturbe la lucidez de su obra patriótica.

\* \* \*

El *Retablo* despertó viva curiosidad entre los escritores españoles. En él, intrigaba esa valoración y esa perspectiva especial que el maestro argentino hace de una brillante generación, la del 98, que alcanza a tratar en su momento más crítico. Por aquí desfilan grandes talentos, paisajes plenos de memoranzas, lo que venía a adentrarse en este siglo, cuando se iba o se había sumergido en las sombras del pasado. Son páginas las de este libro que "nacen de un viejo amor, hoy dolorido" — según su confesión preliminar.

De este *Retablo español* ha dicho Tirso Lorenzo: "es rebo-sante de dignidad, de sinceridad, de lucidez mental, de razonado y

esclarecido juicio; un libro en que se complementan el arte, la ciencia y el amor; en que la efusión sentimental y lírica alcanza tanta elevación como profundidad”.

Otro se expresa así: “Menéndez y Pelayo, Pérez Galdós, Unamuno, Maeztu son retratos vivísimos que luchan por levantarse de la página: yo ya no podría asegurar que jamás he conocido sus personas: tal es la profunda sensación de realidad que les ha dado Rojas.”

Un crítico de La Paz (Bolivia) lo calificó como “la historia documental de un instante de los más interesantes en la vida española”. Y añadía: “Está trabajado con decoro, con elevación, con serenidad.”

Una revista de Buenos Aires hizo notar que “pocas veces se da la coincidencia de que una obra puramente literaria, de impresiones y evocaciones añejas, tenga una ruidosa actualidad, como ocurre con este libro.”

En efecto, la obra ha sido escrita en 1938. El viaje, de donde provienen estas impresiones se efectuó en 1908. Es una respuesta al momento, pero una respuesta que es ante todo amor en toda la amplitud del concepto.

Ricardo Rojas conservaba anotaciones y apuntes de aquellos pasados días. No eran orgánicos, ni prolijos: al dorso de una adición de restaurant, de una factura cualquiera, al margen de una revista, o de una propaganda teatral, en algunas hojas de modesta libretita... Y treinta años después, la vieja caja de fósforos borroneada, la clave en un fragmento de papel de diario, la carátula anotada de un libro, son los elementos iniciales con los que su poder de evocación y su dominio de la geografía, de la raza, de la crónica histórica y del patrimonio hispánicos, le permiten a su talento de escritor llenar las trescientas cincuenta densas páginas de este nutrido libro. Los recuerdos, los hechos, las anécdotas, el saber, se agolpan en cantidad asombrosa. Por donde resulta más asombroso enterarse de la fragilidad de las primitivas notas.

Quien quiera conocer —con ojos de argentino— la España que precedió a su estado de hoy, ha de recurrir con grande beneficio al *Retablo*. El más autóctono de nuestros escritores, el que más ligado se halla a esas raíces nuestras, presenta allí en forma imponente una visión majestuosa de la ascendencia hispánica que lo informa permanentemente.



\* \* \*

Tuvo esa tragedia de los Andes que es el *Ollantay*, extraordinaria repercusión. Aquí vuelve Ricardo Rojas al dramatismo de lo autóctono y seguramente ningún otro autor estaba más capacitado para desarrollar el argumento que el autor de *Eurindia*. Los estudios sobre el tema, que recoge en su libro *Un titán de los Andes*, constituyen el preliminar de esta obra de fondo.

"Es un poema trágico de alta calidad" — dijo el crítico de *La Nación*. Y se expresó así: "El maestro de nuestra historia literaria, que ya dió a la escena argentina el poema heroico de *Elelin* y la colorida comedia de *La casa colonial*, vuelve ahora al arte dramático para abrir al teatro nacional el amplio y resonante cauce de la tragedia". Considera que esta obra será "piedra fundamental de este género, el primero en cronología y jerarquía de todos los géneros teatrales" y finaliza afirmando que después de las tentativas hechas infructuosamente para alcanzar el plano de lo trágico, *Ollantay* es quien dará "el tono, la medida y el espíritu de la tragedia al teatro argentino".

*La Prensa* lo calificó como "obra de historiador y poeta".

*El Mundo* dijo que el espectáculo —se estrenó, como se sabe, en el Teatro Nacional de Comedia de Buenos Aires— estaba "destinado, sin duda, a marcar una época en la historia de nuestra literatura escénica".

Amado Villar, en la revista *Vértice*, dijo lo siguiente: "*Ollantay*, tragedia precolombina, complementa a *Elelin*, drama de la conquista, y a *La casa colonial*, comedia de la Independencia, como el Ricardo Rojas poeta, constantemente fiel a la profunda trinidad de su sér, se complementa con el Ricardo Rojas historiador y con el Ricardo Rojas profesor y político." Y termina con este juicio: "Con las obras de la firmeza de *Ollantay* acaece, como en el típico y repetido caso del *Quijote*, que hay tantas facetas como posibles contempladores. Hay sencillez y complejidad."

He ahí una captación de su talento y de su vocación didáctica: *sencillez y complejidad*, combinación tan difícil de lograr en quien no tenga un dominio pedagógico admirable de sus propias dotes creadoras.

"*Ollantay* is extraordinary for its theatrical values: the movement is majestic, the verse concise, often metallic and prosaic, but

better suited to the heroic saga than the torrential epic strain of the Romanticists or the lyrical subtleties of the Symbolists" — expresó A. Flores en el *Bulletin of the Pan American Union*.

J. R. Isaacs, en *Theatre Arts*, encomia la tragedia y luego transcribe el juicio de Katherine Ommanney, corresponsal de esa Revista que vió la tragedia en Buenos Aires y que dice: "*Ollantay* was not only the high point of the current season in Buenos Aires, but also a significant event in the history of American drama. Under the inspired direction of Antonio Cunill Cabanellas, who for five years has been the adored leader of the National Theatre Company, the production achieved a unity of staging and interpretation unusual in the South American theatre where interest in design lags far behind that in acting." Y a continuación emite así su opinión: "Simplicity in architectural line, harmony in coloring and dignity in characterization faithfully interpreted the spirit of an ancient race."

Otra opinión panamericana hacía notar que Rojas "no se ciñe a un solo metro, como en las tragedias pseudo-clásicas, sino que se adapta a las circunstancias episódicas o estados emotivos, puesto que *cada personaje requería su ritmo, ya lírico, ya heroico, ya popular, ya sacerdotal.*"

Fernán Félix de Amador, en su disertación *Ollantay, el hombre de América*, dice que si los Andes son altar de religiones, su tragedia es voz de la piedra. Expresa que "era necesario concretar aquel verbo en algo permanente y suntuoso. Alguien debía llegar como Edipo, hasta la misma boca oscura de la esfinge, para escuchar la leyenda de los siglos y transmitirla, hecha canción y verbo a las razas anhelantes del futuro. Ese alguien es el rapsoda del *País de la selva*, y el místico esteta de *Eurindia...*"

Esta tragedia mereció la atención del autor desde los años mozos. El recuerdo se remonta a la existencia de un teatro llamado "*Ollantay*", en Santiago del Estero. Como lo hace notar en su "Exégesis" de la tragedia, ya en *El país de la selva* (1907) y en *La restauración nacionalista* (1909) preanuncia y anuncia esta obra realizada tres décadas después.

\* \* \*

Hay muchos otros trabajos del autor que no pueden ser abarcados dentro de los límites de este ensayo.

Su labor en el Instituto de Literatura Argentina es ampliamente conocida. Con la colaboración del doctor Ismael Moya, que acaba de publicar su importantísimo *Romancero*, prologado por el maestro; y el especialista Carlos Vega, que ha lanzado ya también obras magníficas de investigación y de teoría, como su tomo de *Danzas y canciones argentinas* y sus volúmenes sobre *La música popular argentina* (en cuyo segundo tomo, *Frasesología*, propone un nuevo método para la escritura y el análisis de las ideas musicales y su aplicación al canto popular), este centro de cultura y de indagación ha entregado ya al acervo colectivo los primeros productos de la labor grande de él esperada.

En la sección de folklore, tanto en lo relativo a la música popular, como en las publicaciones concernientes a los materiales folklóricos, o en la de orígenes del teatro nacional, o de la novela argentina, de la crítica o publicaciones varias, suscribe Ricardo Rojas numerosas introducciones, noticias preliminares, apéndices, prólogos o ensayos complementarios.

Por otra parte, hay una importante fuente de originales en sus publicaciones del Decanato de Filosofía y Letras, del Rectorado de la Universidad de Buenos Aires, de las relaciones con la Universidad de Tucumán, en conferencias y discursos universitarios y de contenido general. Su ideología está siempre viviente en ellas.

Además de las publicaciones del Instituto de Literatura mencionadas precedentemente, Rojas ha dirigido las del Archivo Capital de Jujuy, la *Bibliografía de Sarmiento* (producto de seminario en la Cátedra de La Plata), *Las poesías de Cervantes* (publicadas por primera vez en América) y ha puesto empeños entusiastas en difundir la obra general de autores nacionales a través de la "Biblioteca Argentina" que se ha difundido en serie, popularmente. Como se advierte, la variedad de su labor está siempre dentro de ese tipo de preocupaciones propias del humanista.

\* \* \*

No hubiera necesitado, para presentar la personalidad viviente de Ricardo Rojas, enumerar opiniones tan diversas como las transcritas en las páginas anteriores. La personalidad surge viva de sus conversaciones o de sus escritos, indistintamente. Sus obras de tea-

tro, sus ensayos, sus narraciones y leyendas, sus diálogos filosóficos, su historia crítico-conceptual de la literatura argentina, sus volúmenes de poesía, sus colecciones de discursos y arengas, sus conferencias doctorales, sus escritos sobre educación, su filosofía de la nacionalidad, sus series editoriales, todo ello, en una palabra, lo definen como el *humanista* por excelencia. En ellas está resumida la esencia del saber y está ausente, en cambio, la enfrasquetada suficiencia protocolar.

La multitud de opiniones, que están al alcance de la mano de cualquier estudioso —y de las que en este trabajo se mencionan sólo fragmentos—, lo exhiben coronado por el éxito, en el verso y en la tragedia, en la prosa imaginativa y en la crónica histórica, en la concepción sociológica y estética, en la crítica humanística y en la política universitaria. Este encumbramiento que, a cuarenta años de su primer triunfo resonante en las letras, no se puede discutir ni aun bajo capa de ningún celo mal entendido, hace de Ricardo Rojas el *Príncipe de las letras argentinas*. Yo me atrevo a proclamarlo así, sin ninguna debilidad ni cortesía servil: con la simple medida de una valoración objetiva que responda a los cánones enunciados en mi *Geografía intelectual*. Porque, además, a través de todo el formidable poder de atracción que el lujo espiritual de estas producciones implica, está el enorme poderío de su lealtad interior, de su consonancia y armónica fidelidad, tal cual lo expresara en mi referida publicación.

### *El Maestro, el Artista, el Hombre*

Ricardo Rojas es un artista de la palabra hablada y la palabra escrita. Es, además, artista de su propia vida. La labró como él quiso, convirtiéndose no simplemente en un escritor, o en un historiador como indica una reseña biográfica. Porque eso es Rojas, y también poeta, y pensador, crítico profundo y de gigantesco vuelo, líder de muchedumbres. Pero por encima de todo ello, como dijimos al principio, es el primer *humanista* que cuenta nuestro país. De entre los dos caminos en que lo encontró el momento decisivo de su trayectoria, discernió sin duda y eligió como debía hacerlo. Despreció las tentaciones materiales, las ambiciones de dinero o de poderío y avanzó firme y seguro de sí mismo por la trayectoria del espíritu, camino a la gloria de los predestinados.

Es un maestro que hoy, con renombre continental, desempeña cátedra de literatura en un establecimiento secundario, no obstante su profesorado en la Facultad de Filosofía y Letras, su decanato, su rectorado en la Universidad, su Instituto de Literatura, su consagración doctoralmente internacional... He ahí la flor y la esencia del "maestro", espartanamente consagrado a sus menesteres, corrigiendo pruebas escritas del ciclo medio de la enseñanza. Pero es que se es maestro, en la elevación, en la dignidad, y más maestro aún en la modestia de la faena diaria. Maestro de innumerables generaciones estudiantiles, universitarias, americanas, con discípulos que son hoy ya maestros en la preceptiva, o en el arte, o en la reivindicación continental: todo lo cual no le significa "impedimento" alguno.

Y como hombre, Ricardo Rojas puede ofrecer su vida privada y pública, sin ocultaciones, sin debilidades, sin demasías ni desfallecimientos. Este hombre que produce grandes obras, tiene paciencia y tiempo para atender microscópicos problemas y consultas a veces ingenuas de jóvenes incipientes en las letras. Dulce y suave para los que a él se acercan en demanda espiritual, mantiene la bondad de su temperamento a pesar de las luchas, incomprensiones preconcebidas, ostracismos y sinsabores que la fama entraña en su sombrío reverso. Pero no le falta por eso carácter, carácter en la vulgar acepción de decisiones enérgicas: el aforismo romano *suaviter in modo, fortiter in re*, pareciera ser el lema equilibrador de su vida. He ahí el hombre que no se pierde en la grandeza de su personalidad. Que es grande y humano, es decir, tocable: no héroe, invisible, inasible e imposible...

ALFREDO COVIELLO,  
*Tucumán, Rep. Argentina.*

1 Ricardo Rojas es casado con una dama tucumana, doña Julieta Quinteros, hija del que fuera Gobernador de Tucumán, don Lídoro J. Quinteros. A su vez, Ricardo Rojas es hijo de don Absalón Rojas, progresista Gobernador de Santiago del Estero (fundó más de cien escuelas), que también contrajo matrimonio con una tucumana. Con el padre y la madre, pues, se cumplió también la "ley de integración del antiguo Tucumán". Son los manes de la autoctonía los que mandan, al parecer...

